

arte

Agotamiento, impotencia, vejez...

A despecho de las generosas pompas primaverales con que la Naturaleza celebra su constante renovación, las Exposiciones madrileñas de Arte nos recuerdan el frígido invierno.

¿Qué más invierno que esa Exposición del Botánico, ridícula y grotesca parodia de lo que fué avanzada pictórica allá por comienzos de siglo? Un «vanguardista», a la manera audaz y desenfrenada de Salvador Dalí, y un rezagado, al modo arcaico y valetudinario de García Camio, no se distinguen sino por el disfraz. En el fondo, bajo la plebeya percalina, descolorida y andrajosa, todo es lo mismo: vejez, agotamiento, impotencia...

Ahí está, para ejemplo, nuestro desfallecido Círculo de Bellas Artes, de cuya actuación artística sólo puede elogiarse la española gentileza con que da preferente trato a las Exposiciones femeninas. Ahí está la Asociación de Pintores y Escultores—de ¡Pintores y Escultores!—, que, en último recurso, lleva a su presidencia a un crítico y académico ilustre, como pública confesión de la incapacidad de sus socios artistas. Ahí está el Museo Moderno, a rates convertido en Sala de Té para fiestas mundanas de tan aristocrático relieve social como pobres de atavío artístico. Ahí está la Sociedad Amigos del Arte... Ahí está... Pero ciñámonos a las Exposiciones.

Lo sensible no es el espectáculo tristísimo de éstas, sino el esfuerzo estéril, negativo e irreparable de las entidades encargadas de velar por su prestigio. Nunca han trabajado con más fe; nunca han puesto de su parte mejor voluntad y más afán; nunca han tenido que recurrir a arbitrios tan extremos... Y, sin embargo, nunca tampoco, el resultado ha sido para ellas tan funesto.



«Oleo», por la señorita Vázquez de la Varga.

Con un eclecticismo que le honra, el Círculo abre sus puertas a todo el que quiere exponer. Si de algo peca es de exceso de liberalidad. ¿Cómo, pues, achacarle la culpa, si el Arte femenino se impone al masculino; si las señoritas pintoras sobresalen más que los pintores; si la pintura española, en fin, también contagiada de galantería, adopta por momentos empaque, formas y modales femeninos? Después de todo, entre los cuadros vehementes y apasionados de Maroussia Valero y las interpretaciones quinterianas, la elección no es dudosa.

La Asociación de Pintores y Escultores, de sobra castigada con el fracaso ruidoso de su Salón de Otoño, rectifica las normas que la hicieron impopular, requiriendo el concurso de personas que la combatieron duramente, pero justamente, y ofrece como muestra de sincero arrepentimiento una flamante Exposición de «primeras medallas». ¿Le alcanza responsabilidad si las «primeras medallas» se obstinan en demostrar la injusticia que ha presidido siempre en los certámenes oficiales el reparto de recompensas? ¿Qué culpa tiene de que la mayoría de esas «primeras medallas», en un trance doloroso de agotamiento, de flacidez mental, de vejez prematura, no acierte a brindar sino pruebas de su decrepitud y su impotencia? Podría culpársele, eso sí, del desenfado con que, a la vista de sus intereses, pretende ocultar la verdad embozándose en prestigio literario de quienes con más saña censuraron la arbitraria concesión de mercedes. Podría culpársele del apresuramiento con que quiere conquistarse el favor público, acudiendo a probables captaciones del compañerismo y la amistad. Podría culpársele de otras muchas cosas, menos del mal éxito de los expositores.

¿Y el Museo Moderno? Abiertas de par en par permanecen sus salas esperando al Pintor. Si este pintor es un día un distinguido *sportsman* y otro un habilidoso profesional de la fotografía iluminada, ¿qué culpa le cabe al Museo Moderno?

Por allí han desfilado últimamente pintores y negaciones de pintores. Al vibrante y sutil paisajista Blanco=

Recio sucedió el enfático Sangroniz. Al Solana de nuestras esperanzas siguió el García Camio de nuestras decepciones. Solana y García, para mayor contraste, se presentaron casi a un tiempo, como casi a un tiempo se producen en la atmósfera los más bellos y los más espantables fenómenos meteorológicos.

¿No es desconsolador que en el mismo lugar donde hemos visto la robustez de Solana, la efusión colorista de Pons Arnáu y los nerviosos, estremecidos y varoniles paisajes de Vila-Puig, se haya colgado la pintura aceitosa, blandengue y mercantil de García Camio?

Pero el Salón es para todos—y aun para todo—y no debe excluirse a quien tan reiterado empeño muestra en probar documentalmente, con tozudez irrefrenable, que los pinceles sirven para pintar y para embadurnar, y que en un medio artístico de la tolerancia del nuestro, puede llamarse pintor cualquier aprendiz de laboratorio fotográfico que, con instinto mecánico de cámara oscura, acierta a sorprender el parecido físico, externo y superficial, de los modelos amigos y deudores. Después, estos mismos amigos se encargarán agradecidamente de proclamar las excelencias del retrato y las virtudes pictóricas del retratista...

Mas, como decimos, lo sensible no es sólo el espectáculo de tales Exposiciones, sino lo que ellas significan, lo que ellas revelan en cuanto al nivel español de la cultura artística, tan bajo, tan bajo que puede medirse con los pies.

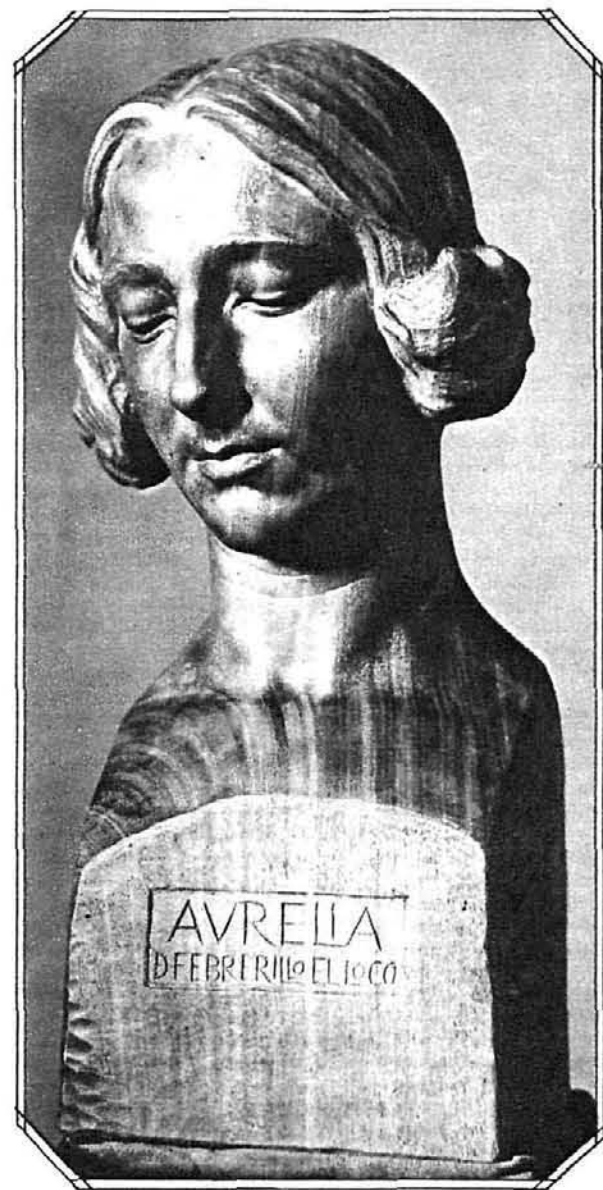
GIL FILLOL

(Fotos Zapata y Moreno.)



«La Morritos», talla policromada, de Ignacio Pinazo.

(De la Exposición de interpretaciones quinterianas.)



«Aurelia», talla en madera, de Jacinto Higuera.

(De la Exposición de interpretaciones quinterianas.)